

ALFAGUARA INFANTIL

El problema de Martina

María Luisa Silva

Ilustraciones de Cristina Espinosa



Título original: El problema de Martina
© Del texto: María Luisa Silva
© De las ilustraciones: Cristina Espinoza

© De esta edición:

Aguilar Chilena de Ediciones S.A.
Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia
Santiago de Chile

- **Grupo Santillana de Ediciones S.A.**
Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.V.**
Avda. Universidad, 767, Col. del Valle, México D.F. C.P. 03100.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de Ediciones**
Avda. Leandro N. Alem 720, C1001 AAP, Buenos Aires, Argentina.
- **Santillana S.A.**
Avda. Primavera 2160, Santiago de Surco, Lima, Perú.
- **Ediciones Santillana S.A.**
Constitución 1889, 11800 Montevideo, Uruguay.
- **Santillana S.A.**
C/ Río de Janeiro, 1218 esquina Frutos pane Asunción, Paraguay.
- **Santillana de Ediciones S.A.**
Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez y Belisario Salinas, La Paz, Bolivia.

ISBN: 956-239-222-8

Inscripción: 126.844

Impreso en Chile/Printed in Chile

Primera edición: julio de 2002

Quinta edición: enero de 2006

Diseño de la colección:
Manuel Estrada

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

El problema de Martina

María Luisa Silva

Ilustraciones de Cristina Espinoza

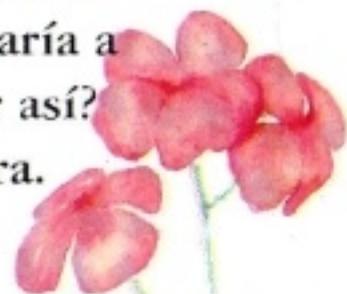
Para Sebastián, Juan,
Ignacio, Bubi y Eugenio.



—¡Señora Araña! ¡señora Araña!
¿Dónde está? —gritaba con fuerza
la puercoespina esa mañana
muy temprano.

Los habitantes del bosque se
sorprendieron. ¿Qué le pasaría a
la linda Martina para gritar así?
Ella que era tan encantadora.

—¡Señora Araña! ¡Aparezca por favor!



—¡Ya bajo, no grite más! —se escuchó decir a la Araña con su voz ronca y algo molesta. Luego, estirando sus negras patas, se dejó caer al suelo.

—¡Ay, señora Araña! —habló Martina—, he venido a buscarla porque tengo un problema que solo usted puede solucionar, con su arte, con su talento, con su...

—¡Basta! —le interrumpió bruscamente la Araña— dígame de una vez qué quiere.

La puercoespina bajó los ojos ruborizada y susurró:

—Necesito una bella tela de encaje para mi vestido de novia.





—Bueno, ¿y qué tengo que ver yo con eso? —preguntó la Araña.

—Había pensado si usted podría tejer un encaje para mi vestido de novia.

—¿Un vestido de tela de encaje de araña para una puercoespina? ¡No! Yo no puedo. Es muy difícil, imposible —y la Araña agitó tres patas.

—Por favor, señora Araña, usted es la mejor tejedora. Yo deseo que mi novio me encuentre muy bella. ¿Lo haría usted?



Un enorme silencio cubrió el lugar
pues todos escuchaban la conversación.
Los pájaros no volaban y las flores
estiraban sus tallos para oír mejor.

—Martina —insistió la Araña—, yo
no puedo hacer un trabajo tan grande,
me demoraría mucho. Además una
puercoespina no necesita casarse
con un vestido de novia
de encaje.

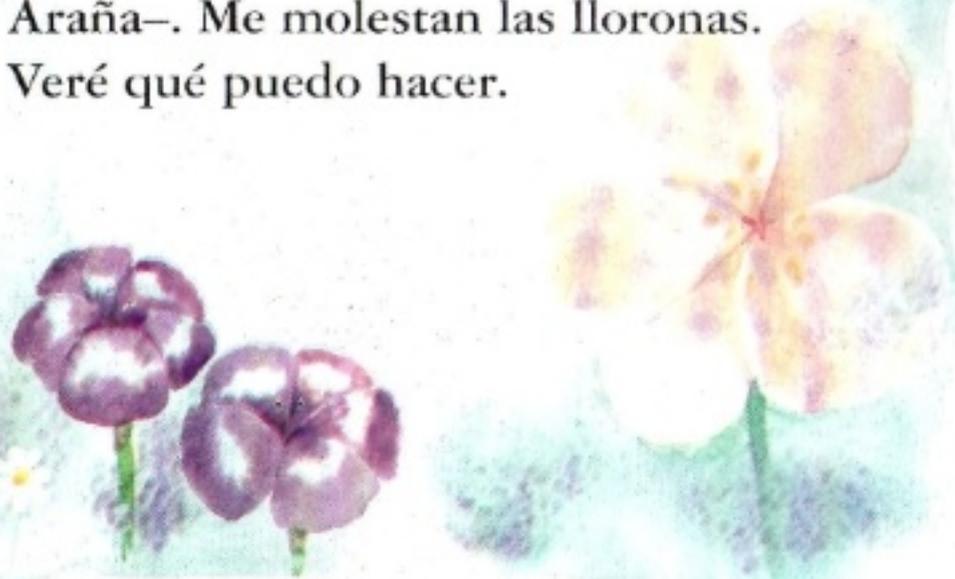




Los ojos de la puercoespina se llenaron de lágrimas y su sollozo se escuchó hasta en la copa de los árboles más altos.

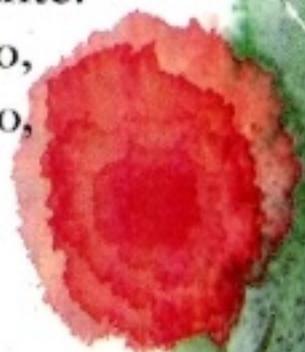
Nadie habló, todos miraron molestos a la señora Araña. Martina era muy querida en el bosque.

—¡Ya, ya! —se compadeció la Araña—. Me molestan las lloronas. Veré qué puedo hacer.



La Araña se puso sus anteojos y empezó a trabajar al instante. Cuatro corridas al derecho, dos lazadas, tome un punto, agregue seis. Teje que teje, la Araña trabajó hasta el amanecer.

Una preciosa tela iba creciendo, brillante, delicada, el más hermoso encaje jamás visto. Cuando la tela estuvo lo suficientemente larga como para la falda decidieron probarla.





Martina se agachó y entre varios insectos cogieron la tela por los cuatro costados, la alzaron con lentitud y la dejaron caer sobre el cuerpo de la puercoespina.

Y, entonces, sucedió: las suaves hebras de tela, al caer sobre las púas, se cortaron; no solo en una, sino en varias partes, y el encaje empezó a deshacerse hasta quedar destrozado.



Martina, preocupada, no durmió aquella noche.

Al día siguiente, la Araña trabajó con más ahínco. Pero el resultado fue el mismo, la tela quedaba destruida al rozar las púas de Martina.

Probaron varios días y al no haber solución, la Araña, cansada, abandonó el trabajo.





Al saberlo, la puercoespina se sintió muy desilusionada. Caminó y caminó por los alrededores del bosque sin encontrar consuelo. Finalmente, agotada, se desplomó en el pasto.

Allí lloró largo rato.

«¡Qué pena!», pensaba. «Yo siempre he deseado casarme con un lindo vestido de encaje». Luego miraba sus filudas púas, hasta que el sueño la venció.



Pero no todos dormían aquella noche;
las flores silvestres y los pájaros
cuidaban de Martina.

De pronto, el crujido de una hoja
atravesó el lugar. Y, una rosa blanca
habló en voz alta:

—¡Yo sí creo que una puercoesquina
puede usar un vestido de encaje!

La noticia corrió de flor en flor.





—¡¡¡Yo le regalo uno!!! —decía el clavel.

—¡Yo otro! —gritaba la margarita.

—¡Sacúdanme un poco, vientos del sur! —añadía el ciruelo en flor—
y yo regalaré varios.

Pájaros y flores trabajaron toda la noche sin despertarla.



Cuando amaneció Martina no quería abrir los ojos.

¡Qué triste estaba de casarse sin su soñado vestido de novia!

Sin embargo, una coneja que pasaba por ahí, al verla, se detuvo asombrada.

—¡Martina! —exclamó la coneja—

Pero, ¿qué te ha pasado?

¡Luces hermosa como una flor!

Tienes el cuerpo cubierto de pétalos blancos, celestes, rosados.

¿Quién te regaló ese hermoso vestido de novia?





La puercoespina corrió a mirarse en el agua del arroyo. Sorprendida, vio que en cada una de sus pequeñas púas había un suave pétalo y que, al moverse, parecía ser un encaje pálido y delicado. Su cuerpo entero lucía como una flor.

Unas mariposas blancas que revoloteaban por allí, al ver aquella novia tan graciosa, le pidieron permiso para posarse en su cabeza y adornarla como cintas.





La boda fue hermosa. El novio, don Puercoespín, no se cansaba de admirar a su enamorada.

Y, según cuentan los invitados, hasta el día de hoy nunca se ha visto en aquel bosque un vestido de novia como el de Martina.

